

La rebelión de las masas: ¿Un tema de actualidad?

He vuelto a leer la obra de Ortega. He vuelto a adentrarme por las páginas de uno de mis maestros de los años juveniles, que tanto me deslumbraba hace medio siglo, por la originalidad de su pensamiento, por sus brillantes interpretaciones de la Historia y de la vida y por su estilo diáfano con el que parecía que volvíamos a aprender lo mejor de la lengua castellana. Y he vuelto empezando por una de sus obras cimeras: *La rebelión de las masas*.

¿Qué pretende Ortega con su famoso ensayo? ¿Acaso constatar un fenómeno social de nuestro siglo? ¿Denunciarlo para combatirlo? ¿Buscar un remedio, en caso de que se tratara de una maligna enfermedad que estaba aquejando a la sociedad? Digamos, de entrada, que Ortega desarrolla su ensayo en dos partes y que sólo en la primera aborda el tema concreto de la rebelión de las masas, de lo que cabría deducir que su propósito va más allá. En efecto, en la segunda parte de su ensayo, Ortega se muestra obsesionado por otra cuestión: la aparente decadencia de Europa. Por lo tanto, dos temas distintos, aunque tuvieran sus conexiones; y dos temas que afectaban muy directamente a Ortega, en cuanto que se sabía un carácter egregio y en cuanto que se consideraba ciudadano de Europa.

Pongámonos en su tiempo, en aquellos años veinte en los que va gestando su famoso ensayo. ¿Qué es lo que está pasando en el mundo en esos momentos y, sobre todo, qué es lo que se cuece entonces en Europa? Lo primero que habría que recordar sería la época de la posguerra que sucedió a la Primera Guerra Mundial, que tan asolada había dejado a la Europa continental; una guerra y una posguerra que habían traído consigo el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia y del fascismo en Italia. Por lo tanto, la instauración de dos regímenes autoritarios que desplazaban a sendos sistemas parlamentarios (uno, el ruso, ciertamente de muy corta vida).

Y a todo esto se referirá Ortega, si bien no aludirá al nazismo hitleriano, que entonces estaba lejos de parecer una verdadera amenaza; recuérdese que la toma del poder por Hitler fue en 1933, y que el ensayo de Ortega se gesta a lo largo de los años veinte. Pero lo hecho por Lenin y Mussolini era ya suficiente para provocar la reacción del pensador español, que más que nunca se mostrará como lo que auténticamente era: como un gran europeo.

Por lo tanto, dos temas desarrollados en el ensayo orteguiano: la rebelión de las masas y la debatida decadencia de Europa. Ambos afectan a la concepción de la vida que tenía Ortega, como hombre de su tiempo y como ciudadano de Europa. Al momento nos dará su diagnóstico del primer fenómeno social, tras la constatación de un hecho palmario: la irrupción de la masa en la escena, su protagonismo en todos los órdenes de la vida. Aquello que saltaba a la vista, que la gente lo inundaba todo: paseos, hoteles, playas, espectáculos. De forma que un nuevo problema surgía ante el espectador azorado: el problema de encontrar sitio.

Pero eso sería una situación más o menos fastidiosa, que había que aceptar. Lo que a Ortega producía verdadero rechazo era comprobar que el hombre-masa, el hombre vulgar —que por ello no era en absoluto criticable— quisiese imponer su criterio de vista sobre cualquier tema, por muy elevado que fuese, sin admitir ninguna clase de jerarquías intelectuales. Tropieza con que el tonto lo era por todas partes, sin resquicio alguno (aquello de que el tonto era «vitalicio y sin poros») y recuerda la frase de Anatole France: el necio era peor que el malvado, porque el malvado descansaba algunas veces y el necio jamás. Aquí aflora el carácter egregio de Ortega, seguro de su valía, rechazando todo lo que supusiese mediocridad: «Como esos insectos que no hay manera de extraer fuera del orificio en que habitan, no hay modo de desalojar al tonto de su tontería, llevarle de paseo un rato más allá de su ceguera y obligarle a que contraste su torpe visión habitual con otros modos de ver más sutiles».

En suma, Ortega desprecia la vulgaridad y eso no nos sorprende; no podía ser de otro modo. Pero también parece despreciar al hombre vulgar, y eso tiene ya otra connotación, pues creerse por encima de los demás conduce con frecuencia a la soberbia, lo cual no deja de tener sus peligros, incluso el del parentesco con el racismo, puesto que te lleva a considerarte mejor que los demás, lo que está a un paso de creerte con más derechos que los demás. Digamos, en seguida, que Ortega se salva de ese peligro apelando a sus deberes, no a sus derechos. Su evidente superioridad le obliga a exigirse al máximo a sí mismo. *Noblesse oblige*, será su máxima, y eso le engrandece a nuestros ojos. «Para mí —nos declara—, nobleza es sinónimo de vida esforzada, puesta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que ya es hacia lo que se propone como deber y exigencia.

De esta manera, la vida noble queda contrapuesta a la vida vulgar o inerte que, estáticamente, se recluye en sí misma, condenada a perpetua inmanencia...».

De esa rebelión de las masas, de ese triunfo del hombre vulgar podía sobrevenir una nueva etapa en la historia de la Humanidad, algo grandioso y jamás conocido hasta entonces por el hombre; pero también podía ser el anuncio de una trágica involución. Ortega sabe muy bien que era una pura utopía pensar en el progreso invencible e irreversible; sabe muy bien que en cualquier esquina de los tiempos pueden acechar la regresión, el retroceso, la vuelta a la barbarie, el primitivismo.

Es en ese momento cuando se encara con la degradación política que está observando en Europa. Proclama que democracia y técnica son dos logros magníficos que nos había legado el siglo XIX. Y observa, y denuncia, cómo se había producido la regresión a manos del fascismo y del bolchevismo. Aunque se combatieran entre sí y se declarasen mortales enemigos —lo cual podía engañar a los menos avisados—, Ortega les da su parentesco verdadero, los une sin titubeo alguno como dos involuciones del mismo signo, el retroceso a la barbarie: «Por esto son —nos dice— *bolchevismo* y *fascismo* los dos intentos “nuevos” de política que en Europa y sus alrededores se están haciendo, dos claros ejemplos de regresión sustancial». Y ello, ¿por qué? Por su desconocimiento de la historia, por revolverse los dos contra ese legado precioso del siglo XIX, la democracia liberal, como movimientos políticos hechos por gente vulgar sin memoria histórica. Porque aunque fuera evidente que convenía superar al liberalismo decimonónico, eso no quería decir que fuera necesario destruirlo, sino tan sólo que era preciso mejorarlo. Y afirma tajantemente: «Europa necesita conservar su esencial liberalismo. Ésta es la condición para superarlo».

Pero en el ensayo de Ortega no encontramos sólo su rechazo de la vida vulgar que preconizaba el hombre-masa o una denuncia de los movimientos totalitarios que habían saltado a la palestra en aquellos años veinte, fuera el bolchevismo, fuera el fascismo, sino algo a mi entender más importante: su fe en Europa, su entusiasmo por una Europa liberal que fuera capaz de superar los añejos provincianismos nacionales. O lo que es lo mismo: Ortega propugna la necesaria constitución de los Estados Unidos europeos, única forma de que Europa recobrase la competitividad en la producción de bienes —económicos o culturales— frente al resto del mundo. «A mi juicio —afirma—, la sensación de menoscabo, de impotencia que abrumba innegablemente estos años a la vitalidad europea, se nutre de esa desproporción entre el tamaño de la potencialidad europea actual y el formato de la organización política en que tiene que actuar». Y más adelante añade: «Todo buen intelectual de Alemania, Inglaterra o Francia se siente hoy aho-

gado en los límites de su nación, siente su nacionalidad como una limitación absoluta».

En suma, Europa estaba abocada a buscar una nueva forma política que la salvase de la ruina que le amenazaba. El nacionalismo, que fue su invento en la Edad Moderna, podía volverse contra ella. De forma que la alternativa para él era clara: o Europa era capaz de liberarse de las trabas nacionalistas del pasado o quedaría para siempre apresado por ellas y en trance de periclitar, o de quedar rezagada frente al resto del mundo, fuera el dirigido por América, fuera el dirigido por Rusia.

Éste es, a grandes rasgos, el contenido del famoso ensayo de Ortega. La pregunta, nuestra pregunta ahora no puede ser otra: ¿qué hay de vigencia en el alegato orteguiano? Dejando aparte sus disquisiciones sobre la misma rebelión de las masas y sus brillantes observaciones sobre algunas de las paradójicas situaciones que saltaban ante su vista (en especial, la del sabio-ignorante, esto es, el aumento del tipo de hombres que siendo especialistas excelentes en un campo muy pequeño del saber, lo ignoran todo o casi todo del resto, distando por tanto mucho de poder ser tenidos como hombres cultos; son, pues, sabios-ignorantes), algo queda en pie, y algo de suma importancia: su defensa de la unidad política de Europa. Justamente por ello Ortega ha de ser tenido como uno de los forjadores de esa mentalidad europea que ahora nos domina a todos, o al menos, a la mayoría de los europeos. En ese sentido, no cabe duda de que Ortega se adelantó en más de medio siglo al resto de los europeos.

Ortega se alza ante nosotros, que ya avizoramos el siglo XXI, como uno de los más brillantes adalides de una Europa unida bajo el credo político de la democracia liberal. Todo un incentivo para construir un brillante futuro; ese futuro con el que él sólo pudo soñar.

Manuel Fernández Álvarez